# El poeta Don Simón Bolívar

Por Enrique D. Tovar y R.

*Para Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica.*

Días destinados a evocar y festejar la Libertad son éstos de Julio La patria de Lincoln; la de Bolívar, Sucre y Miranda; la Argentina, que concede muy significativa importancia a la asamblea reunida en Tucumán; la Francia eviterna; al tierra maravillosa de Caldas, Torres y Nariño; la minúscula comarca belga, con su Rey Caballero, y este Perú nuestro, que fué cuna y ensueño también de Sánchez Carrión y de Unanue—siguiendo cierto orden correlativo—celebran fechas máximas de Libertad.

No es, pues, cosa fuera de sitio que hablemos ahora de uno de aquellos seres que en sucesiones de centurias son y serán encarnación de la Libertad. Nos referimos a aquel curaqueño que, según Lallement, tuvo en la mirada un fuego extraordinario y cuyos ojos como dijera Martin-Maillefer, fueron brillantísimos como diamantes negros bajo una frente ancha oscurecida por el sol ecuatorial. y arrugada por el pensamiento.

¿Qué no se ha dicho o escrito acerca de Bolívar? ¡Y por quiénes!... Sin embargo, raras veces tuvimos bajo los ojos algún trabajo que estudie al Libertador como lo que ante todo y sobre todo fué ese hombre genial: como poeta. ¿Su juramento de Roma ante el maestro y compañero Rodríguez, no fué la obra de un poeta, y no tiene en ello documentación bastante el discípulo de Fidias para algo que extasíe a las edades? ¿No fué un formidable épico Simón Bolívar en esa plaza caraqueña de San Jacinto de la egregia ciudad de Avila cuando el terremoto, y también al lanzar el grito "único" de Pativilca? ¿No fué vate de vigor intenso y de efectivos contornos sibilinos quien redactó la Carta de Jamaica, y cantor extraordinario, por la belleza de la forma, quien suscribió aquel Delirio sobre el Chimborazo y la vida de Antonio José de Sucre? ¿Quién, si no un poeta —y un gran poeta—pudo haber, el 6 de agosto, ensalzado con más dosis de justicia, con mayor oportunidad y en certero hosanna, a los Húsares del Perú?

¿Y qué decir de esa crítica maestra del inmortal poema de Olmedo, y de la obra de Restrepo, sino que un poeta, ese poeta épico que había en Bolívar, es quien fué apreciando con criterio severo y espíritu dominado por las musas, al más grande de los vates existentes en sus días, y al historiador tranquilo, sesudo y bien documentado que surgió en sus tiempos? En fin, ¿no es el más grandioso poema, escrito no con pluma sino con la punta de la espada, su epopeya de tres lustros de brega incesante, con cerca de cuatrocientos ochenta acciones de armas?

Con todo, no se caracterizó el Libertador por el afán de poner talento, y mucho talento, en medio de "líneas de medida iguales" y "con muchas consonantes en las puntas" según el récipe de Ricardo Palma para escribir versos.

Biógrafos y panegiristas afirman que Bolívar abominaba de aquéllo de escribir rimas—en lo que muchos seguimos sus consejos, con algunas limitaciones—, como abominaba, al igual de su hermana mayor, de las testas coronadas, que simbolizaban para él el despotismo. Y se ha hurgado mucho entre la papelería relativamente escasa que del vidente e invicto hijo de Caracas nos queda, como se acudió desde temprano a la tradición palpitante, a fin de conocer y guardar los versos que Simón Bolívar llegó a escribir.

Y tal vez si para mayor honra de su nombre de poeta, solamente de dos cuartetas suyas queda el recuerdo. Y vayamos a la divulgación, hoy, de aquel par de especímenes del ingenio de quien cuya gloria crece y seguirá creciendo así como crece la sombra cuando el sol declina, según el vaticinio y el verbo milagroso del abogado indígena que salió al encuentro, en Pucará, del libertador de varias naciones, que marchaba a escalar la cumbre del Potosí legendario.

El General Bolívar acababa de redondear los treinta y un años, y encontrábase en Araure, cuando se informó de que en la acción de Los Horcones (Barquisimeto), había resultado herido un joven adolescente, cuñado de Campo Elías e hijo de su buen amigo el Comandante de armas de Mérida, don Antonio Ignacio Rodríguez Picón. Dios sabrá por qué quiso consolar en verso el Libertador al afligido padre, a pesar de su fobia por los renglones aconsonantados, y dirigió a su amigo estas líneas:

Y tú, padre, que exhalas suspiros
Al perder el objeto más tierno,
Interrumpe tu llanto y recuerda
Que el amor a la Patria es primero.

De una vez digamos que el adolescente don Gabriel Picón se salvó, y que fué él quien, en 1842, erigió en Venezuela el primer monumento en honor de Bolívar.

La otra cuarteta la escribió el Libertador al pie de cierta solicitud hecha en versos, de un conmilitón suyo, hombre distinguido, apellidado Martel. Ello ocurrió en la ciudad santandereana de San José de Cúcuta. Anhelaba Martel por bautizar a un hijo, que acababa de nacerle, y pidió a su jefe y amigo permiso para vender unas cuantas mulas de la Brigada, a fin de hacerse con ese dinerito para atender a los gastos de aquel proyectado bateo que apadrinaría el propio Bolívar.

El General, después de pesar las razones expuestas en la petición, contestó de esta guisa, también en verso, desde luego:

Tantas razones son nulas
Para quien no tiene madre
Ni jamás ha sido padre!...
Pero venda Ud. las mulas.

Que lo sepamos hasta hoy, no se han encontrado otras rimas de la paternidad de Simón Bolívar. No creemos que las haya escrito entre nosotros durante la Epopeya. Aquí en el Perú, vivirán eternos siglos su poema, de una sola estrofa y de sólo un vocablo—aquel maravilloso ¡Triunfar! que dejó sorpreso y ano-

nadado al Ministro don Joaquín Mosquera junto al árbol famoso de Pativilca—, y su grito épico en la llanura de Bombón, el 6 de Agosto de 1824: "¡Vivan los Húsares del Perú!"

Muchos otros son, por lo demás, los recuerdos de su figura radiosa y de su paso por nuestro suelo. Fué consumado guerrero aquí; fué legislador aquí, fué diplomático e internacionalista aquí; nos dejó encendidas y hermosísimas proclamas y arengas, maravillas en sus grandes discursos, y ... Por haber arrancado la victoria para las armas independientes y dádonos así la ansiada libertad, de día, a la luz del sol, y en la serenidad de las noches tachonadas de estrellas, evocamos su nombre y bendecimos su memoria.

Miraflores, 1944.

---

# Remembranzas para la historia de C. R.

**Por Lilly de Jongh Osborne**

¿Quién mejor ciudadano que aquél que dedica los mejores años de su vida en provecho del país en donde vive, y del cual ha hecho su segunda patria?

¿Quién mejor ciudadano que el que ha hecho lo posible para contribuir al desarrollo del país a donde llegó joven y desarrolló la plenitud de sus facultades mentales?

¿Quién merece mejor que nadie estar incluído en la lista de personas conspicuas en la historia de un país? sino aquél que convivió con los habitantes en santa paz y luchando durante los años de su larga vida para aportar a aquel país los beneficios de lo más útil, de lo más nuevo que las ciencias hayan descubierto en beneficio de la humanidad?

¿Quién merece mencionarse para que lo conozcan, sino aquel que sin considerar el pago o la remuneración grande o pequeña, dedicó sus esfuerzos en provecho de su segunda patria? y amó a Costa Rica que le ofrendó bienestar y amistades imperecederas durante sus largos años de vida, como don Juan J. de Jongh?

Nació John J. de Jongh en la ciudad de Amsterdam, Holanda, en Keyserstacht, cerca de Wesper Straat, el 17 de octubre de 1847. Sus padres fueron J. N. de Jongh y Henriette van Cooverden, ciudadanos de Holanda, quienes procrearon diez hijos, de los cuales el sexto era John. Pasó su juventud en Rotterdam, y como todo jóven de esa época, se dedicó a los estudios más que a las diversiones.

Al trasladarse la familia a Inglaterra, John se quedó en Holanda para seguir sus estudios, los cuales finalizó en la Universidad de Groeningen en 1861. En dicha ciudad se fijó en él un individuo que tenía contratos para construc-